Paul Johnson, *La Historia de los Judíos*, 2004, Barcelona, Vergara, 771 p.

Una fastuosa colección de información detallada sobre el pueblo judío, enmarcada a lo largo de más de 5,000 años, bien documentada y cuidadosa al detalle, es la que ofrece este texto del periodista, historiador y conferenciante inglés Paul Johnson (Gran Bretaña, 1928). Paralelamente, al seguir el desempeño de este grupo numéricamente reducido pero profundamente influyente entre diversas culturas, analiza y comenta hechos importantes de la historia mundial en la medida en que se entrelazan con los hechos del pueblo que examina.

176

Johnson describe seis etapas de desarrollo en la historia de los judíos: los israelitas, el judaísmo, la catedrocracia, el gueto, la emancipación y el Holocausto. Cada uno con sus propias circunstancias, y todos compartiendo algunos elementos: la importancia de la responsabilidad individual, principalmente en la formación y el estudio; la relevancia de la cooperación social hacia los más necesitados, primero dentro del grupo, pero en un sentido amplio hacia la comunidad; un conjunto de cualidades y defectos personales que nos llevan a definir un carácter propiamente judío. Destacan entre ellos el hecho de dar importancia a la Ley, particularmente la religiosa, incluso por encima de las autoridades, y el énfasis en actuar de conformidad con el propio credo y conciencia, a pesar de la oposición de otros individuos o comunidades. “Una de las glorias de los judíos es que no se someten sumisamente a sus propias autoridades designadas”, afirma Johnson.

Destaca también que las cualidades laborales e intelectuales hacen del pueblo judío uno que, cuando se le permite integrarse y cooperar en la sociedad en dónde radica, no dejará sus elementos culturales propios, pero ayudará a desarrollar el comercio, la industria, la salud, las leyes y la ciencia.

E incluso cuando se le mantiene segregado, aislado o limitado busca un camino de perfección individual. La tenacidad y el estudio caracterizan a este pueblo. Considera, asimismo, que los peores enemigos que ha tenido son algunos de sus mismos integrantes: aquellos que abjuran de la tradición, de la herencia, de las costumbres o de la idiosincrasia; tarde o temprano –y con excepción de la persecución nazi– sus rivales más difíciles serán los conversos del mismo grupo.

Cabe destacar que continuamente en su historia se repite un patrón sociológico: llegan como migrantes, forasteros o marginales; con esfuerzo y tesón ganan un lugar en la comunidad; algunos de sus miembros se vuelven influyentes o poderosos; ayudan a los miembros más débiles de su comunidad; la población crece en número e importancia. Otros grupos o clases sociales, sensiblemente los oriundos, se quejan de su importancia, desarrollo o creciente ‘control’ de puestos o industrias clave, iniciando persecuciones civiles u oficiales, que les obligarán a migrar, repitiendo el ciclo.

En las seis etapas que distingue encontramos que la primera surge desde Abraham, origen histórico del monoteísmo y del pueblo judío y se extiende hasta el destierro babilonio en torno a 560 a.C. En este período el grupo humano tiene elementos comunes, una ley en formación y un constante enfrentamiento entre los gobernantes –reyes y jueces incluidos– y los profetas. Mientras los primeros se alinean a la Torá, el pueblo y los profetas se mostrarán afines. Caso contrario, lucharán en contra de ellos.

La segunda etapa corresponde al judaísmo, período identificado con el segundo Templo de Jerusalén; desde el regreso del exilio babilonio y hasta la destrucción del Templo bajo los romanos en 72 d.C. Esta etapa se describe como de identificación de gobierno y religión: gobernantes, ejército y sacerdocio estarán armonizados en su acción. No en balde marca un período de esplendor. La mayor tensión observada fluirá entre las facciones en disputa –fariseos, esenios y otras menores– en torno a la interpretación de la Ley. Surgen en este período la Cábala, el Talmud comentado y, posteriormente, el Cristianismo, originalmente una secta de origen probablemente esenio y mesiánico no aceptada por los judíos pero retomada por otros pueblos a partir del impulso de los apóstoles Pedro y Pablo.

Tras la caída del Templo, se inicia una diáspora judía, que tendrá dos grandes corrientes: la sefardí, que se establecerá en el norte de África y sur de España, de naturaleza predominantemente culta, y la asquenazí, al noreste de Europa, con un fuerte énfasis comercial e industrial. Ambas corrientes

RESEÑAS

serán guiadas por los maestros –Rabíes– que estudian la Ley, y con versiones modificadas del culto original, dado que la falta de una sede terrenal para el culto los llevará a los salones de estudio. La corriente sefardí tendrá un gran esplendor, logrando períodos de interacción, de tolerancia, cooperación y respeto con los árabes y los cristianos. Su máximo esplendor se alcanzará con David Maimónides, quien hacia finales del siglo XI e inicios del XII, creará interpretaciones racionalistas de la Mishná, hará un antecedente de enciclopedia judía –la *Guía de los Perplejos*–, hará estudios sobre leyes e interpretación de textos religiosos, cooperará con médicos y astrónomos árabes en temas científicos y tendrá discusiones con la Iglesia Católica, incluso correspondencia con el Papa en temas teológicos y sobre la usura. Además, construyó y administró hospitales y bibliotecas en sitios tan distantes como Babilonia, El Cairo y Córdoba. Sin embargo, la reconquista española de 1492 y la expulsión de los judíos hará que un número importante de miembros de ambas corrientes, sefardí y asquenazí, se reencuentren hacia el centro de Europa –Italia, Suiza, Alemania, Polonia. Los judíos conversos españoles darán origen a la corriente de los *marranos*: despreciados por los judíos dada su traición, y recelados por los cristianos por considerar que no son confiables.

Esto llevará, primero en Venecia y después en otras ciudades, a la aparición del gueto, siguiente etapa histórica comentada por Johnson. En él, ciertas secciones de las ciudades se asignan a los judíos, manteniéndolos lejos de la comunidad principal, pero permitiéndoles actuar libremente como médicos, abogados, banqueros, comerciantes o industriales. Frecuentemente hay pogromos o persecuciones y la emisión de leyes que tratan de limitar los derechos y capacidades de los judíos. En ocasiones, fomentadas por las Iglesias; en otras, es el pueblo el que los acusa en períodos de escasez o carestía. En otras, serán los propios reyes los que teman por las deudas que tienen ante ellos. La posición colectivista hace que los ricos ayuden a los pobres, o paguen los rescates o sanciones comunitarios, lo que permitirá que la extorsión sea frecuente y cada vez más abusiva. Eventualmente, esto lleva a la migración o a la reducción de la población judía. Será Inglaterra la que descubra que son buenos ciudadanos y facilite su estancia y desarrollo –a pesar de tener ocasionales episodios de persecución– y la familia Rothschild la que ganará fama como banqueros y financieros, creando una red de corresponsales que cubría toda Europa. La periódica aparición de

movimientos mesiánicos genera desestabilizaciones frecuentes, que atizarán la persecución en ciertos momentos.

Llegará a la par de la Ilustración, la Reforma y el posterior surgimiento del Socialismo, una etapa de emancipación: los judíos ingleses, los financieros europeos y sus ramas en Estados Unidos podrán crecer en importancia y desarrollarse con plenos derechos e importancia en su comunidad. La migración hacia Rusia, empujada también por las guerras napoleónicas y los derechos acotados presentes en los códigos napoleónicos, contribuirá a aumentar la población judía en ambos extremos. Surge entre la comunidad estadounidense, por primera vez, la corriente sionista: devolver al pueblo a su tierra propia. Ideas alternativas, como Uganda, Sudáfrica o Argentina son desplazadas por Palestina, tierra históricamente designada por las Escrituras; aunque destaca la oposición de corrientes tradicionales, dotar al pueblo de Sión de un territorio será contrario a los planes divinos: será el Mesías el que debe entregarles la tierra. Sin embargo, la asimilación a la sociedad norteamericana de la comunidad judía, destacando Nueva York, la ciudad más poblada por judíos en el mundo; y el hecho de que más de la mitad de la judería viva en el continente americano da un mentís a esta meta. Entre los científicos, filósofos y literatos de origen judío —a veces expresamente rechazado— destacan Spinoza, Disraelí, Marx, Heine, Freud, Mendelssohn y David Ricardo. Comenta Johnson que buena parte de las ideas racionalistas, analíticas y originales que aportaron, se derivan de una adaptación de las técnicas de estudio y análisis tradicionales, o de su aplicación a problemas seculares. Destaca que Marx escribió sus obras desde el aislamiento de su habitación, sin observar lo que en realidad pasaba en el mundo que trataba de analizar, incluso sin saberlo o sin quererlo, fidelísimo a la tradición de los estudiosos de la Ley.

A partir del célebre *affaire* Dreyfus —acusado de traición por ser judío— se inició una división en torno a este tema de la comunidad europea. Eventualmente, esto llevará a la persecución nazi y al Holocausto, primero; al establecimiento del Estado de Israel, después. No por más conocido deja de detallar este período histórico.

Afirma que la huella de este pueblo está tan presente en Occidente que no podemos deslindarnos de ella. Les debemos la idea de la igualdad ante la ley, de la santidad de la vida, de conciencia individual y de la conciencia social, por tanto, de la redención personal y de la responsabilidad social,

RESEÑAS

de la paz y el amor como fundamentos de la justicia. Concluye afirmando que *“los judíos han creído que eran un pueblo especial, y lo han creído con tanta unanimidad y tal pasión, y durante un período tan prolongado, que han llegado a ser precisamente eso”*. En un texto detallado, documentado y bien escrito, lo ha probado.

GONZALO SUÁREZ PRADO

Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM